

como las manchas del sol piérdense en aquel océano de luz, de la misma manera los defectos de D. Alfonso desaparecen bajo el cúmulo inmenso de los hechos y negocios, á cuya ejecución le destinó la Providencia.

Pero ésta, que para sus altos fines pone la noche junto al día, envía tras la calma la tempestad, y amontona las desnudas y sombrías moles de los precipicios sobre los valles risueños y tapizados de verdor, permitió que ascendiese al trono de Aragón un rey, que era el reverso de la medalla de su difunto hermano. Criado en las intrigas y disturbios de la corte de Castilla, de las cuales fué alma y objeto, dado á los cálculos de la ambición y á los odios y venganzas de hombre de partido, que le trajeron siempre con las armas en la mano, ¿qué había de reportar de su coronación el reino sino discordias, guerras, asolamientos y miserias? Perseguidor y tirano de sus hijos D. Carlos y D.^a Blanca, que hubo en su primera mujer la dulce y virtuosa D.^a Blanca, primogénita y sucesora del rey de Navarra D. Carlos III *el Noble* y viuda ya de D. Martín rey de Sicilia; casado de segundas nupcias con una mujer digna de él por su fiereza, crueldad y ambición, D.^a Juana Enríquez, hija del Almirante de Castilla, que, como dice un ilustre escritor (1), por lo mismo que era nacida particular, insultaba á los pueblos con la ostentación de su imperio y de su tiranía; D. Juan II ensangrentó las páginas de la historia de su reinado, y llevó su execrable sed de mando y de venganza al extremo de aliarse con la hija tercera de su primer matrimonio D.^a Leonor, esposa del conde de Foix, contra aquellos dos desventurados hijos suyos y hermanos de esta desnaturalizada hermana. ¿Por qué mencionar ideas que la pluma se niega á escribir, y que inspiran al alma amargo desprecio de nuestros semejantes? Las sombras lívidas y atormentadas del príncipe de Viana y de D.^a Blanca prestan siniestro interés á la narración de aquella época; el hedor de la san-

(1) QUINTANA, *Vidas de españoles célebres*, pág. 174.

gre y del veneno transpira en cada capítulo, en cada hoja; y las llamas de cien villas incendiadas, y los estragos de la guerra y del hambre aparecen cual tristes funerales, con que á la par el amor y la venganza de los pueblos quisieron honrar la memoria de aquellas ilustres víctimas, y castigar la barbarie de su padre. Ni el haber dado el sér á D. Fernando, que nació de sus segundas nupcias á 10 de Marzo de 1452 y fué después el rey *Católico*, pudo borrar la funesta memoria de sus acciones; y al bajar al sepulcro á la edad de ochenta y un años á 19 de Enero de 1479, en la pompa de su entierro faltó aquella parte la más preciosa, la más bella y honorífica para el difunto, las lágrimas y el sentimiento de sus vasallos, al paso que, fuera de sus talentos militares, no dejó otra fama que la de *hombre faccioso y turbulento, que ni de particular ni de rey tuvo ni dió sosiego* (1).

Yace en el sepulcro tercero de la parte de la epístola, al lado del de D. Juan *el Cazador*, y sobre su cubierta hay tres bellas estatuas tendidas, una de su segunda esposa, que figura vestir soberbio traje, y las dos del rey, que aparece en la una armado de punta en blanco, y cubierto con manto talar en la otra. Su hermano y antecesor D. Alfonso estuvo depositado en el convento de Dominicos de Nápoles hasta el año 1671, en que el virrey D. Pedro Antonio de Aragón cumplió con la última voluntad del rey, enviando su cadáver á Poblet, y erigiéndole después un suntuoso sepulcro de alabastro. Está este inmediato al panteón del Evangelio, enriquecido con numerosas esculturas, y remata en una urna, sobre la cual hay su estatua en traje de corte, arrodillada sobre un rico cojín, y después á sus piés cetro y corona, cobijándole un gran dosel en que relumbran el oro y la púrpura. En frente álzase otra sepultura exactamente igual, y en ella están depositados los restos del hermano de los precedentes el infante D. Enrique, que por Mayo de 1445 falleció de las heridas que recibió en la batalla de

(1) QUINTANA, *Vidas de españoles célebres*, pág. 196.

Olmedo, donde fué vencido junto con su hermano el de Navarra (1).

Estos fueron los últimos reyes que eligieron á Poblet para su sepultura. La estrella de Aragón, pronto á hundirse en el horizonte, derramaba su luz moribunda y melancólica sobre los estados que había protegido con su influjo; y humilde y como avergonzada, hacía tremolar su postrer reflejo en las bellas aguas del Mediterráneo, para desaparecer cuando asomase el grande astro de la España unida y fuerte, que debía guiar á los navegantes por el jamás surcado derrotero de un nuevo mundo. Una fábrica portentosa alzóse después para panteón de los soberanos; y al ponderar la fama las riquezas del Escorial, los monjes de Poblet cerraron con sendas manecillas el libro necrológico, y á su vez sufrieron el abandono que la fundación de su monasterio había hecho sufrir en otros tiempos al de Ripoll.

Alrededor de las tumbas de sus padres, en sepulcros iguales á aquellas en la riqueza, pero no en el tamaño, descansan algunos infantes de la real familia: uno en el brazo derecho del crucero contiene los restos de la hija del rey D. Pedro *el Ceremo-*

(1) El epitafio del sepulcro de D. Alfonso es como sigue: *Alfonsus V. Aragoniæ et Neapolis Rex Serenissimus, ob eximias bellicæ virtutis dotes, cognomento Magnanimus, in sub acta Neapoli decessit XXVIII (debe decir 27) Junii, Anno M.CD.LVIII cujus corpus ad B. Petri Martyris aram deponi, et in Regium Beatæ Mariæ de Poblet Avitum Sepulcrum asportari ex testamento mandavit. Regium Imperium per CCX anno intermissum D. Petrus Antonius de Aragon, Segorvidæ, et Cardonæ Dux, Neapolis Prorex, ad Clementem X legatus, Catholicorum Regum decretis insistens, Pontificioque impetrato diplomate, per Cassanum Episcopum tandem exsolvit XXV. Augusti anno Domini M.DC.LXXI. Tanti Regis, ac Regina Mariæ Conjugis Ossa Apostolica dispensatione, quo splendiori ornarentur cultu, idem pietissimus dux, novo lapide contegens parentavit.* Pero la reina D.^a María no estuvo jamás enterrada en Poblet, sino que lo fué en Valencia, en el convento de la Trinidad, de monjas de San Francisco. La inscripción del sepulcro del infante D. Enrique dice: *Enricus Aragoniæ Infans Ferdinandi I et Eleonoræ Aragoniæ Regum generosa propago, Segorvidensium Ducum inclita Origo, ab Alfonso V. Magnanimo Aragoniæ Rege ac fratre Segorvidensi ducatu et comitatu de Ampurias donatus, Magnus D. Jacobi Ordinis Magister, Bilbilis obiit, in Regioque Beatæ Mariæ de Poblet Serenissimorum Aragoniæ Regum Sarcophago conditus XV Julii, anno Domini M.CD.XLV cujus Ossa, cum Catharina et Beatrice Serenissimis uxoribus, huc transtulit IV ex ipso Nepos D. Petrus Antonius de Aragon, Segorvidæ et Cardonæ Dux, Neapolis Prorex, ad Clementem X. pro obedientia Caroli II. Regis nomine prestanda Legatus, Aternamque maximo minimus precatur felicitatem Anno M.DC.LXXIII.*

nioso, D.^a Juana, condesa de Ampurias, cuya estatua viste el hábito cisterciense; cuatro adornan las paredes laterales de la capilla de S. Benito, y yacen en ellos tres hijos del mismo rey, D.^a María y D. Pedro, de su primera esposa, y D. Alfonso, de la tercera, pero ignoramos quién fué en el mundo el que ocupa el restante; otros cuatro, depósito de las cenizas de algunos hijos del rey D. Juan I, míranse levantados junto á la sacristía antigua, y en el brazo izquierdo del crucero descansa en otro sarcófago D. Pedro, hijo del primogénito de Aragón D. Martín, rey de Sicilia, el cual con su temprana muerte acaecida en 1399, y muriendo también después su padre, motivó aquella última disposición del rey su abuelo D. Martín *el Humano*, que fué causa de que el parlamento de Caspe llamase al trono la línea femenina. Todos ostentan riquísimos relieves; todos llevan estatuas tendidas, y mucho honra semejante séquito á los monarcas aragoneses, en cuyas tumbas les acompañan otros infantes que no cupieron en las de sus hermanos.

El interior del basamento ya descrito de los reales sepulcros es el panteón de las nobles casas de Segorbe y de Cardona, donde yacen también en sencillos ataúdes el rey D. Martín, su primera esposa D.^a María, D.^a Beatriz de Aragón, nieta del rey D. Alfonso, D. Carlos, príncipe de Viana, el infante D. Pedro, hermano del conquistador de Nápoles, y otras personas de la familia real; y el que atravesare el umbral de aquella puerta coronada, que está en el centro de cada panteón, saludará con respeto aquellos nombres ilustres de nuestra historia, y echará una mirada de dolor á sus tumbas que tanta miseria encierran después de tanta grandeza. Bien hace la majestad de los reyes en descansar sobre la nobleza de estos duques, bien hace en apoyarse en el valor de aquellos, que fueron el verdadero y firme basamento de su trono como hoy el panteón lo es de sus reales sepulturas.

Uno sin embargo yace apartado de los demás, y la esplendidez de su sepulcro compite con la de los reales, como si aun

después de muerto quisiese manifestar cuán inmediato al trono le tuvieron sus altos hechos. Fué en el mundo el vizconde de Cardona D. Ramón Folch, décimo de este nombre, llamado por los catalanes el *Prohom Vinculador*, célebre general, esforzado caballero, y defensor heroico de Gerona contra la invasión de los franceses al mando de Felipe *el Atrevido* en 1285; falleció en 1320, y en 1322 fué enterrado en su sepulcro antiguo, que, como vimos, se destinó después para D. Rodrigo de Rebolledo, cuando en 1669 se trasladaron sus restos al que hoy ocupa. Está junto á las gradas que conducen al dormitorio; figura un pedestal adornado con muchas esculturas, que sostiene una urna también enriquecida con relieves y rodeada de grandes bustos, y remata en una agigantada estatua tendida, armada de todas piezas, á imitación de la que hay en el sepulcro primitivo, y puesta allí tan grande no tanto para el mejor efecto artístico, como para denotar las fuerzas y notable robustez que alcanzó el vizconde, y de cuya mención no se olvida el epitafio latino inscrito en el pedestal! (1).

¿Qué templo poseyó jamás tanta riqueza en monumentos sepulcrales, ni dónde mejor que en él pudiera el artista hacer

(1) Dice así: *D. O. M. Inclytos inter Viros maximo D. D. Raymundo Folch XVII. Cardonæ Vicæ Comiti: inter magni nominis Imperatores dexterrimo: inter giganteæ virtutis Milones Alcidi: inter maturæ mentis Calones Numæ: inter ætatis suæ Dynastæ Heroi antonomasticè proclamato: Alfonsi Principis pro patre Regni Gubernatoris Coadjutori destinato: Petri Aragoniæ Regis cum Siculo Carolo in duellum venturi electo Propugnatori: Gerundæ contra Pontificis Galliæque Regis insultus defensori invicto: ejusdemque ab Hostium dominatu Vindici fortunato: Huic in belli alea Marti: in pacis otio Mercurio: in Templis pietatis Anlesignano: in componendis inter Reges suos discordes amicitii Confaederatori: in pacis teneram non semel oppignerato: in expeditione Murcica expugnationes Authoris. Huic Cardoniorum Propagatori, in gratitudinis et honoris obsequium postera ejus propago nobilissima hoc Bustum struit Excellentissimus Dux D. D. Ludovicus de Aragon, Folch, et Cardona (olim Fernandez de Córdoba) Dux de Cardona, et de Segorbe, Marchio de Comares et de Pallars, Comes de Ampurias et de Prades, Vice-Comes de Villamur. Eques Aurei Velleris, cui Ordini nomen daturi Caroli Secundi Hispaniarum Regis Torquem Aureum propria manu collo admovit, tantis Cineribus debitum anno M.DC.LXIX. D.C.S.* Este pomposo epitafio, que de puro hinchado raya en extravagante, y sólo respira adulación y mal gusto, es con todo muy inferior al sencillo y expresivo dístico del antiguo sepulcro, mencionado en la página 369.

un estudio completo de las sepulturas góticas de todas épocas? Desde las fúnebres y sencillas urnas levantadas en las paredes de los claustros hasta el trabajado sarcófago de los monarcas ¡cuánta variedad! ¡cuánto interés en los detalles! ¡qué riqueza la de los trajes! ¡qué expresión la de las figuras! (1) Mas esta

(1) Estando el rey D. Pedro *el Ceremonioso* en Poblet por 1366, trató con el abad D. Guillén de Agulló, de erigir dignas sepulturas á sus antepasados los reyes D. Alfonso *el Casto*, y D. Jaime *el Conquistador*, y á sus esposas, los cuales yacían en ataúdes de madera en varias partes del templo; y para ello, por el mes de Abril de aquel año, empezaron á construirse á uno y otro lado del crucero dos grandes arcos, sobre los cuales fueron colocándose los sarcófagos. Encargó también el rey que se labrasen cuatro sepulcros pequeños, iguales empero en la forma á los reales, para sus hijos difuntos, y después otro para su hija D.ª Juana, condesa de Ampurias, sin olvidarse del suyo propio (a): su hijo y sucesor D. Juan *el Cazador*, imitó su ejemplo mandando al mismo abad cuidase de edificarle un sepulcro para sí, y cuatro pequeños para sus hijos ya difuntos, iguales á los que se fabricaban por orden de su padre *el Ceremonioso*; y concluidos todos en 1390, trasladó D. Juan á ellos los cadáveres de los reyes y de los infantes, excepto el de su padre D. Pedro, que, como estaba depositado en Barcelona y exigía su traslación mayor ceremonia, no fué traído á Poblet hasta el mes de Mayo de 1394.

D. Martín *el Humano*, que sucedió á D. Juan, hizo fabricar otro sepulcro pequeño para su nieto D. Pedro de Sicilia, hijo del rey de Sicilia D. Martín; pero durante el interregno que siguió á su muerte, nadie cuidó de acabar para *el Humano* el que dejara encargado; hasta que D. Fernando *el Católico* lo perfeccionó y lo destinó para su abuelo *el de Antequera*, mandando al mismo tiempo labrar otro para su padre D. Juan II. Fué el artífice de estos dos el maestro *Egidio Morlán*, que los tuvo acabados en 1499, como consta de la escritura auténtica de la traslación de los reales cuerpos á los nuevos entierros, traducida del latín por FINESTRES en su *Historia de Poblet*, lib. II, Centuria IV. Diserta III, pág. 80. Debajo de los arcos que sostenían los dos panteones, fuéronse colocando los cadáveres de la real familia, entre los cuales había los del rey D. Martín, del príncipe de Viana y del infante D. Pedro duque de Notho, D. Enrique, y D. Juan, hijo de D. Fernando *el Católico*, en cajas de madera cubiertas de terciopelo, y además todos los de la casa de Segorbe y de Cardona, que podían considerarse como individuos de aquella; y estando allí expuestos al tránsito de la gente, que atravesaba por los arcos de una á otra parte del crucero, el duque D. Luís Ramón Folch determinó en 1660 cerrar aquel paso, de manera que las paredes que levantase sirviesen al mismo tiempo de pedestal á las tumbas de los reyes, y dejasen dentro hueco bastante para panteón de sus predecesores. Confióse la ejecución de la obra, que ya describimos en la página 371, á los escultores Juan y Francisco Grau, naturales y vecinos de Manresa, que por ella pidieron 5500 libras barcelonesas, y la tuvieron concluida en 1662, efectuándose por el mes de Julio la traslación de todos los cadáveres á los nuevos panteones. El duque D. Luís encargó luego á los mismos escultores le labrasen un gran sepulcro de alabastro para el vizconde de Cardona D. Ramón Folch, *el Prohom vinculador*, que yacía en otro gótico de piedra común, fijando su precio á 1800 libras barcelonesas; y concluido por 1669, á 4 de Abril se puso en él el cadáver, y lo cerraron con la gran cubierta que ostentaba estatua tendida de

(a) Trabajaron en estos sepulcros los maestros Eloy y Jaime de Castell.

misma abundancia, que pudiera valerse el renombre de *templo de los sepulcros*, ¡cómo entristece el alma, publicando la miseria de nuestra existencia! Si la iglesia está desierta y silenciosa, si delante de las tumbas arden las lámparas, cuya luz trémula finge movimiento en las estatuas de los finados; cierre entonces su álbum el artista, y dése por un rato á la meditación y al recogimiento.—Allí, delante de sus mismos ojos, están esos que llenaron los sueños de su juventud, esos gigantes de la tierra, que la poblaron con sus ejércitos, trastornaron con su ambición, ó admiraron con su talento y virtudes; y sin embargo ni desviar pueden ahora el insecto que zumba en torno de la triste llama que alumbra su morada de descanso. La piedad y el sentimiento, que acá en el corazón nos dice que no todo muere con la vida, les levantaron esos sarcófagos de alabastro; todos asoman sobre la cubierta con el mismo carácter con que les conoció el mundo; el guerrero viste la enmallada cota, y cruza ambas manos sobre la luenga espada que de los piés le llega al pecho; el rey espléndido se envuelve con majestad en los pliegues de su manto, y la dama ciñe guirnalda de flores, y cubre su cabeza con la honesta toca de los buenos tiempos antiguos.—Mas llega, acércate á ellos, artista; aparta los ojos de tanta magnificencia, de los mantos ricamente bordados, de las airosas vestimentas, de los recamados cojines y de las armaduras trabajadas; y entre cuatro losas sin pulir, mira dentro el pobre esqueleto, envuelto en una mortaja que se convierte en polvo al tocarla. Aquella frente calva y huesosa ¿es la que presidió al destino de tantos

caballero armado de punta en blanco. Hallábase entonces de virrey en Nápoles Don Pedro de Aragón, hermano del duque D. Luís; y cumpliendo al fin con la última voluntad del rey D. Alfonso, y con las reiteradas órdenes de todos los monarcas sucesores suyos, á 4 de Junio de 1671 envió á Poblet con el obispo de Casano los cuerpos de aquel rey, del infante D. Pedro, y de la nieta de D. Alfonso D.^a Beatriz de Aragón, esposa de Matías, rey de Hungría. Y habiendo visto el mismo D. Pedro las obras de los escultores *Grau*, satisfecho de su buena ejecución, en 1672 mandóles que al lado de los panteones fabricasen dos sepulcros para el rey D. Alfonso y para el infante D. Enrique, quedando por el mes de Junio de 1673 rematada la obra, que valió á los artífices 4,000 libras.

pueblos, tal vez sólo para turbar su sosiego y para legar á la posteridad funestas rivalidades? ¿Son aquellas manos denegridas y secas las que decidieron de la suerte en las batallas? ¿Esa carne momia es por quien suspiraron los donceles, por quien se rompieron lanzas, y por quien hubo regocijo en la corte? ¿Son estos los famosos autores de aquellos tratados de paz y guerras, de aquellas compras y ventas de pueblos, en que tal vez la sangre humana fué el precio?—¡Y si en la balanza de los juicios divinos nada pesa la razón de estado! ¡Y si el derecho de Dios no reconoce el derecho de gentes!—Recoge entonces tu álbum, artista; y mientras las bóvedas repiten tus pasos tardos y sonoros, vé recordando aquello del poeta:

*Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenecemos,
Así que cuando morimos
Descansamos.*

Artista, estas tumbas espléndidas son monumentos levantados á la brevedad de la vida y á la inestabilidad de las cosas humanas; y si la miseria de los restos de los que fueron hinche tu corazón de amargura, alza la frente al cielo, y recuerda que hay en nosotros un alma que no muere, y que la pobre cruz de madera, que señala la fosa de la virtud y del talento, es en otro mundo mejor una corona de beatitud inefable, que dura perpetuamente.

Lector, si al recorrer estas breves páginas que anteceden alguna vez deseaste en tu corazón gozarte en la vista de tanta

suntuosidad, vano es tu deseo, y con dolor desvanecemos ahora tu ilusión, pues ninguna suntuosidad puede haber en un triste y confuso montón de escombros.—¿Á qué, pues, ponderar la existencia de lo que fué, si al fin la verdad nos dice que está ya borrado de la tierra?—Cierto; mas como la pérdida de aquellas cosas más vivamente nos hiere, cuya bondad pudimos antes conocer y palpar, así la relación de las grandezas de Poblet debía preceder á la de su ruina, porque menester era conocerlas para llorarlas. ¡Y qué! amantes de los monumentos que honran la nación española, ¿se nos negará que lo mencionemos en nuestro último adiós, á la manera con que los amigos enumeran las virtudes del difunto sobre su misma sepultura, ó se tomará á mal que bosquejemos una descripción que contribuya á conservar su memoria, como el leal y casto amator que va recordando en su pena las dotes de su difunta amada, cuyo retrato le mueve cada día á llorar y orar por la que está en el cielo?

Lució un día funestamente memorable; una revolución desquiciaba la España toda, y el sol reflejaba en las armas de los que ciegos de frenesí iban á derribar una obra que habían respetado los siglos. No le bastaron á la iglesia ni la santidad de su nombre, ni su majestad, ni la muralla de sepulcros que la ceñía; todo se profanó, y las cenizas de los héroes fueron holladas por la muchedumbre. Al sentir una mano sacrílega sobre sus armaduras, al resonar en los templos insolentes burlas y feroces carcajadas, ¿cómo no se movieron aquellos reyes y guerreros, y cómo aquellas gigantes espadas no salieron de la vaina? Las llamas devoraron las tapicerías y las dádivas con que nuestros antepasados enriquecieron el monasterio, y las profundas bóvedas, desplomándose con estrépito, todo lo sepultaron con horrible destrozo, y convirtieron en un montón de ruinas el monasterio de Santa María!

* La historia y la importancia de Poblet (a) son ya muy conocidas para que nos detengamos en explicarlas: la voz de su ruina llegó hasta las naciones más apartadas de Europa, que deploraron unánimes la pérdida que experimentaron las artes desde el momento en que penetró dentro de sus regios muros el hacha de nuestras revoluciones. Rompiéronse entonces las bóvedas de sus inmensos salones, derribáronse los bellos calados de la mayor parte de las ojivas de sus claustros, penetróse en la iglesia y violáronse los sepulcros de los reyes que descansaban en ellos bajo elegantes cúpulas sembradas de oro y pedrería; levantáronse sobre la punta de los fusiles las momias de esos grandes héroes... Vinieron después de los destructores los artistas, y por un mal entendido amor al arte hicieron desaparecer los fragmentos de los sepulcros que debían darnos ahora una idea aunque imperfecta de lo que antes fueron (b).

(a) El fragmento que sigue, referente á Poblet, es, como lo indican los asteriscos, del Sr. Pí y Margall. Lo ponemos en este lugar para la mejor ordenación del texto, y para no privar al lector de las apreciaciones de este escritor respecto la importancia de aquel insigne monumento.

(b) La destrucción de Poblet, como aquí se insinúa, no fué obra de un día. Fueron menester las conmociones políticas de los años 1822 y 1835 y el largo período de tiempo en que estuvo completamente abandonado, para que perdiese la regia vestimenta que envolvía sus formas arquitectónicas, hasta quedar éstas enteramente descarnadas y aniquiladas en varios puntos. Tardóse mucho hasta que por parte de las corporaciones oficiales, se pensó en destinar á aquellas ruinas un guarda que evitase las continuas mutilaciones, que por distintos móviles cometían los numerosos viajeros que las visitaban, y es de ayer que ha empezado á repararse, ya que no haya alcanzado aún la suerte de ser objeto de una restauración completa. Puesto á cargo de la Comisión Provincial de Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Tarragona, se han podido recabar del Estado algunos fondos con que hacer frente á los primeros gastos para evitar siquiera la destrucción. Al efecto, empezaron por recomponerse las cubiertas y limpiarse los escurrideros de las aguas, se han retirado los inmensos montones de escombros que formaban en ciertos puntos verdaderas colinas y que han permitido dejar expedito el paso á ciertos aposentos donde por largos años había sido imposible penetrar; se han reforzado techos y bóvedas, y últimamente se acaba de abrir la Puerta Real que había estado tapiada.

En la actualidad es, pues, fácil recorrer todos los ámbitos del monumento, facilitando la visita al mismo las nuevas comunicaciones que lo enlazan por medio del inmediato pueblo de la Espluga de Francolí con Lérida y Tarragona (línea

* El monasterio era, sin embargo, sólido y pudo resistir á los embates de los siglos y de las revoluciones: cayó parte de sus bóvedas, pero no los muros de sus salas ni los de las inmediatas dependencias del convento. Allí están aún en pié para vergüenza de los destructores la pequeña capilla gótica de San Jorge donde doblaban los monarcas la rodilla antes de entrar en el monasterio; la puerta en que fueron recibidos procesionalmente los Reyes Católicos, conocida con el nombre de Puerta Dorada desde que la hizo dorar Felipe II; los vastos lienzos de muralla en que Pedro IV hizo trabajar personalmente á todos los habitantes de las veguerías de Montblanch, Lérida y Cervera; la puerta Real, abierta en ellos entre dos torreones octógonos coronados de almenas abarbacanadas y defendida en la parte superior por otra barbacana; la bodega, el lagar, el claustro, el

férrea de Lérida á Reus y Tarragona), y con Barcelona directamente (ferro-carril de Picamoixons á Valls y Barcelona). Esto y los numerosos artículos y monografías publicadas modernamente describiendo el célebre monasterio y las obras dedicadas en especial al mismo (a) han movido hacia él la general atención y han hecho que fuesen apreciadas cada día más sus bellezas.

Si en el monasterio han quedado algunos fragmentos arquitectónicos, como trozos de estatua, cornisas, capiteles, lápidas, etc., que se van reuniendo en un punto determinado para formar como un museo de detalles, dentro del inmenso museo que ofrece la construcción en general; no puede decirse lo mismo de los muebles, pinturas, joyas, ropas ni objeto alguno de los que allí se atesoraban. Todo, absolutamente todo ha desaparecido, y hasta los gigantescos cuadros que cubrían las paredes de la sacristía nueva y por estar colocados á una altura considerable, parecían debían conservarse, fueron víctimas del vandalismo. Sólo pudieron recogerse algunos ornamentos y objetos del culto que se guardan en varias iglesias de la provincia; en la catedral de Tarragona, y parroquias de S. Pedro de Reus, de la Esplugu, y de Vimbodí.

De las magníficas bibliotecas antigua y moderna, donativo la primera de Don Pedro Antonio de Aragón, y entre cuyos numerosos volúmenes encuadernados en tafilete rojo se contaban modelos del arte de la stampa, entre ellos varios elzevirs, nada ha quedado, excepto algunos manuscritos que se conservan en la *Biblioteca pública* de Tarragona (b). El archivo ha tenido mejor suerte, pues aunque incendiado en su parte más moderna, ha quedado casi intacto lo referente á los siglos anteriores, guardándose en un local del *Archivo Nacional* en Madrid, en veinte y tres cajones que están aún sin catalogar (c).

(a) Toda: *Poblet: Recorts de la conca de Barberá*, Barcelona 1883.—ASSOCIACIÓ CATALANISTA D'EXCURSIONS CIENTÍFICAS: *Album de Poblet*.

(b) Véase la descripción de esta Biblioteca en *L'Excursionista*, boletín de la citada Asociación, volumen I, pág. 427.

(c) *L'arxín de Poblet á la Academia de la Historia de Madrid*, por E. Toda.—*L'Excursionista*, volumen II, pág. 359.

refectorio, la biblioteca, bello salón gótico de dos naves ocupado en otro tiempo por más de tres mil volúmenes guardados en estantes de ébano por cristales de Venecia; el dormitorio del noviciado, cuyas numerosas ojivas privadas ya de las bóvedas que antes sostenían parecen cernerse en el aire bajo la azulada cúpula del cielo; el palacio del rey D. Martín de Aragón que tan bellamente descuella detrás de los torreones de la puerta adornado de ricas ventanas góticas tras cuyas ligeras columnitas y delicadísimos calados se ve aún descollar sobre el vasto conjunto del monasterio el alto cimborio gótico que cobija el crucero; la iglesia, por fin, espacioso templo de tres naves y siete ábsides sentado sobre sus eternos pilares y enriquecido aún con el altar de mármol que recibió de la munificencia y piedad de aquel grande emperador Carlos V, que fué al fin de su vida á encerrar dentro del claustro de Yuste los laureles recogidos en sus cien campañas. Sí, á pesar de tantas profanaciones, á pesar de tantos años de desolación, quedan aún grandiosos restos para que podamos reconstruirlo en nuestra fantasía con toda su grandeza: el viajero puede visitarlos todavía con fruto y medir por el pié lo que fué el coloso y calcular por la sombra lo que fué el edificio. Puede aún ver á Poblet sino con el rico manto de que la cubrieron los monarcas de Aragón, con toda la majestad que respira aún en medio de su soledad y de su ruina, todo lo que está ennoblecido por el lustre de su origen y los grandes recuerdos. Puede por otra parte estar seguro de recibir grandes impresiones, ya considere lo que es, ya lo que fué antes de que pasara sobre él el soplo abrasador de nuestro siglo. Fué panteón de reyes, y hoy no es sino nidó de aves voraces; el viento y las tempestades se estrellaban ayer contra sus muros; y hoy el huracán turba el silencio de sus capillas y de sus salones con el ruido de las piedras que va sin cesar desmoronando. Ayer recibió el homenaje de todos los pueblos del contorno; y hoy los pueblos han levantado con sus escombros los edificios que les sirven de albergue y de recreo. Ayer no

veía entrar por sus puertas más que hombres llenos de respeto que iban á hincarse de rodillas ante sus altares; y hoy no ve sino curiosos que van á recorrer sus ruinas, compadeciendo cuando más la desgraciada suerte que le cupo. Ayer fué el rey de los monumentos de su época; y hoy se ve eclipsado por otro monasterio del mismo siglo, dádiva del mismo príncipe y joya de la misma orden cisterciense, al que concedió el cielo salir casi ileso del furor de nuestras discordias civiles. ¡Pobre monasterio! Llorad sobre sus tristes restos, artistas; llorad vosotros todos los que estimáis en algo las glorias de nuestra patria; y vosotros, poetas á quienes conmueve hasta la caída de las flores, arracad de vuestras liras los acentos más sentidos para cantar la caída de este monumento, urna en que estuvo depositada la gloriosa grandeza de dos siglos. ¿Por qué seguís aún esa poesía monótona de variaciones sobre un mismo tema? ¿Por qué no venís á inspiraros en el fondo de esas ruinas y á ensayar sobre objetos nuevos nuevos cantos?

Santas Creus

* Á cinco leguas de Poblet hacia el oriente está el monasterio de Santas Creus, situado en un pequeño altozano, al cual conduce una senda abierta á las orillas del Gayá en medio de una frondosísima arboleda. Atribuyen algunos su fundación á uno de los reyes de Aragón que llevaron el nombre de Don Pedro; y otros á D. Guillén Ramón de Moncada en desagravio de la muerte que dió á Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona; mas no es debida sino al conde Berenguer IV, el mismo que fundó y dotó el de Poblet. No hubo en Aragón ningún D. Pedro en la época en que fué erigido el monasterio, ni aconteció sino mucho después el asesinato del arzobispo, víctima en 1193 de las terribles discordias de los Castellones y los Castellvines; así que mal podían los reyes de aquel nombre ni Don Guillén de Moncada, por el motivo supuesto, haber sido los

fundadores de un cenobio que ya en 1152 existía en Valdaura, y en 1153 en Anchosa, de donde fué trasladado por fin en 1157 á las pintorescas márgenes del pequeño arroyo que hoy pasa murmurando bajo las copas de sus árboles (1).

(1) No hemos dudado en atribuir la fundación de este monasterio al conde Berenguer IV, ya por verlo asegurado así en la historia de Poblet, escrita por uno de los historiadores más concienzudos, ya por no creer posible que con los fondos de un particular haya podido ser levantada la actual fábrica, que es la que en 1157 recibió á los monjes Bernardos residentes primero en Valdaura y luégo en Anchosa. Los cronistas están generalmente acordes sobre quien levantó y fundó la fábrica de Valdaura; mas al pasar á hablar de las dos traslaciones referidas, casi todos guardan silencio sobre el que pudo costear la construcción de las nuevas obras. Sólo dos autores se ocupan de este punto (Finestres y Pujades); y ambos convienen en que la obra hecha en Anchosa fué pagada por el conde que, según uno de ellos, quiso manifestar con esto á Dios lo agradecido que estaba por haberle dado en D.^a Petronila á su sucesor Alfonso. Añade luégo Pujades al hacerse cargo de la segunda traslación que, viendo los religiosos la esterilidad de Anchosa, y sabiendo que el arzobispo de Tarragona, el obispo de Barcelona y el barón de Montagut estaban en pleito sobre el dominio de un campo muy ameno llamado *de la Contradicción*, resolvieron pedirselo con el objeto de fijar en él su residencia, cosa que les fué otorgada; pero no fué más allá el cronista catalán, contentándose con decir acerca de la nueva fábrica que fué hecha con ayuda y favor de príncipes y señores. Por poco que se reflexione, sin embargo, sobre los textos de unos y el silencio de los demás, será fácil venir en conocimiento que no pudo ser sino Berenguer IV el principal fundador y dotador del nuevo monasterio. ¿Es siquiera probable que, habiendo hecho él levantar en 1152 el de Anchosa, hubiese permitido cinco años después que otro costeara el del campo de la Contradicción, ó sea el de Santas Creus, mucho más estando entonces construyéndose el de Poblet, y siendo el de Santas Creus casi una repetición de éste?

Como quiera que sea debemos siempre convenir en que el verdadero fundador del convento, el que reunió dentro los muros de Valdaura los primeros monjes, fué el mismo Guillén Ramón de Moncada de quien hablamos en el texto, varón de gran nombradía que acompañó al conde en todas sus más arriesgadas empresas, en la conquista de Almería, en la toma de Tortosa, y en los asaltos de Lérida y Fraga, caballero de los más distinguidos del reino, que fué gran senescal de Aragón y Cataluña. Consta evidentemente por una carta de donación fecha á los 4 de Diciembre del año de la Encarnación del Señor 1150, carta de cuya autenticidad no podemos dudar, y de la que hacen mención Pujades y Marca que la traslada literalmente en el número 412 del apéndice á su obra. Al leer esto se extrañará quizás que nos opongamos en el texto á la opinión de los que dan á Moncada por primer fundador de Santas Creus; mas conviene advertir que no nos oponemos sino al motivo que suponen en Moncada para emprender la construcción de este monasterio. Sostienen que esta fué solamente efecto de la necesidad de reparar un crimen cometido contra una persona á quien su estado hacía sagrada; y en esto, como hemos dicho, no podemos consentir, siendo la falta posterior de más de cuarenta años al tiempo que se supone hecha la penitencia. Beuter y los que le siguen, para apoyar esta opinión dan por acaecida la muerte de Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona, en 1149; mas ¿hubiera podido sostenerse por mucho tiempo este aserto á haberse fijado la atención en el Catálogo de los arzo-